

La violencia de las redes o la banalización de la violencia

—
Alberto Constante

*Esto es la historia de un crimen, del
asesinato de la realidad. Y del exterminio de una ilusión,
la ilusión vital, la ilusión radical del mundo.
Lo real no desaparece en la ilusión, es la ilusión la que
desaparece en la realidad integral.*

—JEAN BAUDRILLARD

Lee la columna de la periodista Lydia Cacho: “Amenazas en redes sociales”.¹ La nota es alarmante porque lo que pone en evidencia son las amenazas que se engendran en las redes sociales y de paso la violencia que cohabita con innumerables mensajes. Y aunque ella se refiere sólo al Twitter, su razonamiento se puede extrapolar a las otras redes sociales, pues todas ellas, lo que forman son comunidades que se comunican, se entrelazan, se narran, comentan, se yuxtaponen e intercambian sus propias subjetividades. Lydia Cacho en ese artículo aborda el problema de las amenazas que se han dado y se siguen dando en distintos lados del mundo, a través de la red social Twitter. Independientemente de la “realidad”, es decir, de que se lleven a cabo las amenazas, el miedo con el que pretenden someter esas amenazas al amenazado, cumplen una función específica: amedrentar, acallar, silenciar, doblegar la voluntad, inquietar, en suma, generar violencia en las redes. Lydia Cacho acierta al decir que:

Tanto los periodistas como las autoridades han comprendido que detrás de ese “mundo virtual” que son las redes sociales, hay seres humanos muy reales capaces de cometer crímenes. Hostigadores que utilizan este medio como antes esperaban en la calle, dejaban un mensaje en el buzón de la casa o telefoneaban.²

1. Lydia Cacho, “Amenazas en redes sociales”, en *El Universal*, 5 de agosto de 2013.

2. *Idem*.

Las redes son las formas modernas de hacer lo mismo que hacíamos desde siempre, comunicarnos, darnos a conocer, enamorarnos, conocernos, hablar. Seguimos conviviendo con todas esas personas que ahora se nos presentan en 140 caracteres. Y desde luego, como dice Lydia Cacho, Twitter no es un escenario para el debate, pero sí es lo suficientemente poderosa como para ejercer violencia que puede ser, generalmente en esos casos, “anónima”. ¿Nos podemos defender? De lo que se trata es de someter al otro a través de incubar la temible emoción del miedo. Es cierto que en Twitter podemos leer cualquier sarta de cosas. Pero sucede lo mismo con las otras redes o más, porque en las otras redes sí pueden armarse foros de discusión, como dice la periodista. Facebook es un ejemplo de ello, pero hay otras muchas.³ Ese lado terrible, inaudito, que somete por medio del miedo está ahí, con la velocidad de la ubicuidad, o la inmediatez que todo lo acerca, lo agrava, lo tensa.

Heidegger había escrito en 1927 que “El ante qué del miedo [*das Wovor der Furcht*], lo ‘temible’, es en cada caso algo que aparece dentro del mundo”⁴ y agrega: “¿Qué es lo propio de lo temible en cuanto tal, de lo ‘temible’ que comparece cuando tenemos miedo? El ante qué del miedo tiene el carácter de lo amenazante”.⁵ Y lo amenazante tiene el carácter de lo perjudicial, apunta a un ámbito específico de cosas que están amenazadas, por lo “inquietante”, perjudicial y éste aunque no está en la cercanía, se acerca. “Eso” que

3. Las redes son múltiples e incitan a los usuarios a pertenecer a todas, así tenemos que un usuario puede estar al mismo tiempo en 20 o 30 redes sociales que además se dan por países como por ejemplo, China tienen Qzone, su red social más popular y Tencent Weibo, el llamado “Twitter Chino”. En Rusia existe una red social muy popular que se llama: Vkontakte; y Orkut, la mayor red social de Brasil; al igual que conviven con Facebook, Youtube, Twitter, QZone, Google+, Tencent Weibo, Flickr, Badoo, Scribd, Viadeo, Pinterest, Foursquare, Instagram, Netlog, Taringa, Multipliy, Sonico, Habbo, así como LinkedIn. Podríamos seguir poniendo sólo las que tienen el mayor ranking. Estamos sólo hablando de las redes que como mínimo de usuarios tiene, como Bebo, 9 millones de usuarios frente a la poderosa Facebook que tiene ya casi 100 millones. Cualquier cosa que un usuario pone y agita en la red tiene esa poderosa repercusión, un efecto devastador. ¿Qué la limita? Es interesante ver el ranking de las redes. <www.webempresazo.com/>. [Consulta: 3 de septiembre de 2013].

4. Martin Heidegger, *Ser y tiempo*. Trad., pról. y notas de Jorge Eduardo Rivera. Madrid, Trotta, 2003, p. 144.

5. *Idem*.

puede aparecer como dañino en grado máximo siempre es amenazante porque aparece como dotado de un movimiento que lo hace aparecer como cercano; en la lejanía, no se revela su temibilidad. Puede alcanzarnos, o quizá no, “lo perjudicial, al acercarse en la cercanía, lleva en sí la abierta posibilidad de no alcanzarnos y pasar de largo, lo cual no aminora ni extingue el miedo, sino que lo constituye”.⁶ Esta constitución del miedo, hoy, en las redes, es un hecho. Todos podemos estar amenazados y con ello estamos constituyendo el propio miedo. Nuestra forma de subjetivación ha cambiado pues el miedo se hace ubicuo, múltiple. En la medida en que tenemos más contactos el miedo encuentra una reproductibilidad exponencial, y el temor puede pasar a convertirse en angustia, no la angustia heideggeriana sino la que tiene el poder de aniquilar. Como bien señaló Lipovetsky:

Son los tiempos del mundo pantalla, de la todopantalla contemporánea, de la red de redes, pero también de las pantallas de vigilancia, de las informativas, de las lúdicas, de las de ambientación. El arte digital, el videoclip, el videojuego, la publicidad, la conversación, la fotografía, el saber, nada escapa ya a las mallas digitalizadas de esta pantallocracia.⁷

No hace mucho, dando clases en una universidad tecnológica, hablando de las nuevas formas de relación y del advenimiento de internet y de las redes sociales, un alumno se me acercó y me dijo que él pensaba que todo lo que estaba yo hablando se resumía en un cd que me compartía. Llegué a casa y me di a la tarea de verlo, el cd venía con una serie de videos que me estremecieron pues me permitieron ver que algo había cambiado radicalmente en nuestro mundo. Los videos eran violentísimos, de hecho era la violencia sin som-

6. *Idem.*

7. Entrevista a Gilles Lipovetsky, “El exceso domina la sociedad actual; se perdieron los límites”, por Juan José Olivares, Periódico *La Jornada*, miércoles 28 de marzo de 2012, p. 9, en <www.jornada.unam.mx/2012/03/28/espectaculos/aogn1esp>. [Consulta: 3 de septiembre de 2013]. Cf. Gilles Lipovetsky, *La pantalla global. Cultura mediática y cine en la era hipermoderna*. Trad., de Jean Serroy. Barcelona, Anagrama, 2009.

bras, nítida, clara, sin freno alguno, estaban los hechos ahí filmados, con todo y palabras, con una pequeña historia que apenas se sostenía. Era una violencia obscena, transparente, visible en todos sus aspectos. Lo que me repugnó desde el principio, desde el primer video que se abrió en mi computadora fue pensar que eso andaba circulando de manera irrestricta en internet, que mi alumno como cualquier otro tenía acceso a ese y a otros videos. Recordé que me había advertido que la violencia iba acrecentándose a cada video que fuera mirando. Era literalmente una “espiral”. Y no me refiero a la violencia en sí, en el acto de dañar a otro, porque ésa es o ha sido, de hecho, una constante en la formación de cientos de miles de generaciones, la violencia no es nueva, no, lo que me repelió fue lo que encontré en esos filmes y que era el exceso, la narración programática de una violencia que se multiplicaba en las redes de manera irreflexiva y sin control absoluto:

La lógica de la tecnociencia no tiene límites. Transforma los genes de la naturaleza. El exceso es propio de una sociedad que ya no tiene frenos. La ciencia hace lo impensable y estamos en el exceso total. El culto a la modernidad tiene razones tecnocientíficas. La lógica de la técnica es ganar tiempo y dinero. La tecnología se vuelve dominante y se expresa en la cultura.⁸

Recuerdo tres pequeños filmes, todos ellos tomados por un pseudo camarógrafo que narra las escenas que se filman pero que está siempre acompañado de uno o dos “cómplices”. En el primero, el camarógrafo, como en el programa *Cazador de cocodrilos* de la televisión, se acerca a una estación de trenes abandonada, ahí habitan varios *homeless*. Su condición precaria, de antihéroes de la moderni-

8. *Idem.*

dad, los sitúa en un espacio siempre de fragilidad, de muestras de carencias radicales, ellos son los “residuos humanos”, las “vidas superfluas”, “vidas desperdiciadas”, de los que nos habla Bauman.⁹

Entre uno y otro había cierta distancia que luego se mostró insalvable. El camarógrafo se acercó filmando los residuos de sí que han dejado los *homeless*, como un carrito de supermercado repleto de pedazos de plástico, cosas ya sin nombre y que siempre son secretas, infinidad de latas vacías a su alrededor y basura, enormidades de basura, como afirmando lo que dice Bauman de que ellos son demasiados, y nosotros somos los menos, hasta que al aproximarse a un colchón tendido al lado de las vías del inexistente tren aparecía el *homeless*¹⁰ dormido. De inmediato surgen de los lados de la cámara las espaldas de dos de los cómplices con una manta y una cuerda, y se abalanzan contra el *homeless* sometiéndolo de inmediato. No había que hacer gran esfuerzo, era sólo cuestión de sometimiento. Los otros indigentes sólo aciertan a levantar un poco la cabeza como para adivinar qué es lo que sucede, pero no descifran lo que pasa. Al sometido se le envuelve con la manta y lo amarran; apenas se escuchan sus gritos. Se acerca una camioneta y de inmediato dos sujetos arrojan el cuerpo envuelto al interior. Nadie hace nada. Corte. Se abre la escena nuevamente y la narración sigue: aparece el *homeless* desnudo y atado a un árbol. Hay un balde de agua con jabón (se

nota por la espuma) y una escoba; alguien se acerca y con el agua y la escoba empieza a “lavar-golpear” al *homeless*. ¿Alguien podría hacer algo a favor de este hombre? Es un “*homeless*”, sólo eso, es decir, una “cosa”. Como nos los testimonian todos los participantes en el video.

El segundo y el tercero tienen un drama en común: se trata de drogadictos. En uno de los filmes el camarógrafo se acerca a uno de ellos; tiene una edad indefinida, pero aún así el de la cámara le dice que se le darán *fifty bucks* (cincuenta dólares) si se saca un diente. El drogadicto le pregunta incrédulo: ¿*fifty bucks*?, se adivina que hay una señal de afirmación. Corte. Vemos al drogadicto que ya tiene su diente con un cordel atado a una enorme piedra. Vuelve a preguntar que si de verdad le dará los *fifty bucks*, adivinamos nuevamente que hay un signo de asentimiento y de pronto el drogadicto avienta la piedra y con ella sale el diente. Se vuelve hacia la cámara y sangrando, con un hueco en su dentadura, riendo, le pide al camarógrafo los *fifty bucks*. En el segundo film, el camarógrafo está en un parque con dos drogadictos y el camarógrafo, al tiempo que está filmando les pregunta que si serían capaces de luchar por *fifty bucks*. Sostienen sus miradas y el camarógrafo les dice que al que quede en pie le entregará el premio. Sin hablar, uno de los drogadictos de pronto empieza a golpear al otro, sin odio, sin dolor, sin arrepentimiento, sin pudor. El golpeado apenas si puede defenderse, pero los golpes certeramente le caen en todo el cuerpo. La agresión es pertinaz, jadean, brota la sangre y hace más dramática la vista porque no hay dolor, ni indignación, no hay enojo, sólo un acto indiferente ante el otro; nos damos cuenta de que los tipos podrían pegarle a un costal de papas igual que se pegan entre sí. La acción dura casi 10 minutos hasta que uno de ellos cae al suelo y ahí el vencedor lo golpea con una piedra, una, dos, tres veces. Se levanta riendo, no sabemos si ha muerto el contendiente, pero es lo de

9. Zygmunt Bauman, *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*. Buenos Aires, Paidós, 2005, *passim*. Al inicio del capítulo 2 el autor principia su alocución con unas palabras que fustigan: “Ellos’ siempre son demasiados. ‘Ellos’ son los tipos de los que debería haber menos o, mejor aún, absolutamente ninguno. Y nosotros nunca somos suficientes. «Nosotros» somos la gente que tendría que abundar más”, p. 51.

10. Pongo los términos en inglés porque se trata de videos hechos en Estados Unidos, los participantes son americanos y las “víctimas” igual. Por ello los términos en inglés que no traduzco es porque son del dominio común. Por otra parte, una de las peculiaridades de la sociedad estadounidense es que tienen mucha relación con sus propios *homeless* (indigentes, pordioseros, menesterosos, o personas sin hogar, hay una enorme lista que nos indica toda una tipología de la pobreza): nos encontramos con muchas asociaciones pro indigentes, asimismo, las iglesias son asistenciales, y la cultura, en general, tanto política como social tiene visualizado al desprotegido. Con todo y esto, como ya los señalé, estos seres conforman los sobrantes de la sociedad, las vidas desperdiciadas, como dice Bauman.

menos, recordemos que Bauman nos ha dicho que para la sociedad son “vidas inútiles”, “vidas que no valen nada”. Tumefacto y lleno de sangre recibe los *fifty bucks*. Lo inverosímil del caso es que nadie detuvo la pelea, nadie dijo nada, en el fondo del video se advierten personas que pasan indiferentes, acaso una mirada de soslayo o quizá peor: una soterrada complicidad, una indiferencia cobijada quizá por un juicio silencioso de que los que se golpean son nada.

No pude seguir viendo más escenas, mi alumno me dijo que había 35 más y que tenía todo un catálogo de videos. Algo en mí no me permitió seguir, sólo esos tres, no pude más. Me pregunté entonces cómo es que habíamos llegado a esto, cómo es que un joven de 22 años podía haber conjuntado en un video 35 escenas como las narradas y además tenía un catálogo y se ufanaba de ello. ¿Cómo podía soportar verlos? ¿Qué parte de su ser había quedado inoculado de indolencia hacia el horror que se mostraba de manera descarnada? O ¿cuál era su estructura moral que le permitía poder mirarlos y saber que eran reales, es decir, que no eran actuados sino que transcurrían en realidad? ¿Qué es lo que había pasado en él para poder ver los videos sin siquiera sentirse inquietado por ellos?

En realidad no hay nada oculto, ni los videos pertenecen a algún culto, ni a una cofradía, siguen estando ahí, en la red, y mediante una sola tecla abrimos YouTube y ya estábamos en el esperpéntico mundo de la pantalla donde se puede encontrar no sólo algunos de estos filmes sino otros más descarnados, más sádicos: hombres colgados, degollamiento en vivo a seres como nosotros y acaso algunos más suaves que tratan del *bullying*, o golpizas entre grupos de jóvenes, pleitos callejeros entre jóvenes sean estos hombres o mujeres o los anuncios de suicidios llevados a cabo generalmente por jóvenes menores de 18 años. Niños que nos narran su

decisión de morir. Es cierto que hay algunos sitios que se han cerrado pero eso no quiere decir nada, los videos se reproducen, se hacen virales, se narran, se cuentan, se difunden por otras redes, se “comunican”. Luego de mirar, ¿cómo olvidar? Muchas veces lo he escrito, san Agustín nos hablaba de la *concupiscentia oculorum*, del pecado de ver, creo que san Agustín nunca imaginó que esta “lujuria de ver” sería el pecado por excelencia con el que se abriría el siglo XXI.

La sofisticación de los sistemas de información, la aparición de las grandes redes sociales, los propios instrumentos con los que se acompañan las diferentes aplicaciones para las redes, el mundo tecnológico, forman unas comunidades de toda índole, y esto trae como consecuencia un conjunto de interacciones, reales e ideales, creadas o inventadas, pero, en cualquier caso, capaces de establecer nuevas identidades, nuevas subjetividades donde los valores tradicionales no empatan con el mundo cibernético. Hoy como nunca nos encontramos con un espacio que se denomina virtual y ahí se suscitan toda clase de rompimiento de valores tradicionales, las relaciones íntimas, los deseos realizados en medio de imágenes y sueños que se plasman en universos creados, nos dan la sensación de haber ganado una región, de poblar un campo abonado para la investigación de la filosofía. Sin embargo, a pesar del avance de las redes sociales, de su enorme pluralidad, podemos ver que el fenómeno de la violencia está necesitado de reflexión. Lo que tenemos son sólo preguntas, dudas. Porque el fenómeno está ahí: la violencia desnuda, sin límites, en su reproductibilidad sin fin, tales que inunda todas las redes, se multiplica, se hace ubicua.

La violencia en las redes se muestra en una gama de formas sin que haya ninguna limitación: violencia intrafamiliar, contra la mujer, violencia con dibujos animados, policías apaleando a manifestantes en Madrid, Barcelona, Tahrir, en São Paulo, en Santia-

go de Chile, la inmolación de un monje tibetano, o un video llamado *Gritos de muerte* donde se suceden feroces ataques entre seres humanos y se muestra obscenamente “lo terrible”. ¿Qué es lo que ha pasado? ¿Son estos fenómenos lo que constituye el mal absoluto del que hablaba Kant cuando dijo que: “El hombre es malo por naturaleza” o nos viene de ese lado al que se refirió con aquella famosa “insociable sociabilidad”, es decir, a la imperiosa necesidad que tenemos los seres humanos de vivir en sociedad al tiempo que vivimos la inaudita hostilidad que está siempre amenazándonos con disolverla. Michela Marzano, en un inquietante trabajo sobre la violencia en las redes sociales hablando de estos videos se pregunta como nosotros mismos:

¿Cómo explicar que tanta gente quiera visionar estos videos? ¿Quieren informarse, como dicen a veces en los foros, o simplemente se sienten “intrigados” por la muerte filmada en directo? ¿Qué razones, qué pulsiones conducen a un adolescente o a un adulto a contemplar o a discutir durante horas en un chat con desconocidos acerca de estos indecibles espectáculos? ¿Qué visión del hombre pueden tener, cuando viven en una sociedad que no deja de potenciar los derechos humanos.¹¹

Las redes sociales sirven como agentes de producción social y cultural, pero también, como en la vida real, de reproducción de la violencia. No se trata de pensar que porque hay redes sociales existe violencia o que ésta es un fenómeno nuevo en las redes sociales, no. Hay un matiz que debemos pensar. Las redes sociales no son otra cosa que el reproductor de los fenómenos que habitan y han construido a esta sociedad. Lo nuevo, lo preponderante es el hecho

de que la violencia se multiplica exponencialmente, se hace viral, se ve por todos lados, y todos quieren participar en ella, aunque su participación sólo sea ideal más que real, pero está ahí, potencialmente se lleva a cabo, se pone en acción, en obra. Otra cuestión que hay que discutir es que las redes mismas son violentas, ellas imponen conductas, formas de ver y de pertenecer al mundo, hacen virales fotografías o videos, son los medios mismos de la reproductibilidad sin límites pero, al mismo tiempo, forman y conforman. Sin duda, las redes son el “panóptico” del siglo XXI: visibilización no sólo de la violencia sino de quienes son sus actores, porque lo que se plantea es el problema de la visibilidad totalmente organizada alrededor de una mirada dominadora y vigilante como lo son las redes sociales. Ellas ponen en marcha de nueva cuenta el viejo proyecto de una visibilidad universal, que procede no ya en provecho de un poder riguroso y meticuloso como decía Foucault, sino que modifica las subjetividades, cambia los discursos, centellea en ellas el resplandor sí, de la vigilancia y el control, pero también la reubicación de la homogeneización de las subjetividades.

En este sentido, como explica Foucault:

Bentham es el complemento de Rousseau.

¿Cuál es, en efecto, el sueño rousseauiano que ha animado a tantos revolucionarios?: el de una sociedad transparente, visible y legible a la vez en cada una de sus partes; que no existan zonas oscuras, zonas ordenadas por los privilegios del poder real o por las prerrogativas de tal o tal cuerpo, o incluso por el desorden; que cada uno, desde el lugar que ocupa, pueda ver el conjunto de la sociedad; que los corazones se comuniquen unos con otros, que las miradas no encuentren ya obstáculos, que la opinión reine, la de cada uno sobre cada uno [...]

11. Michela Marzano, *La muerte como espectáculo. Estudio sobre la “realidad-horror”*. Trad. de Nuria Viver Barri. México, Tusquets, 2010, p. 14.

Así, sobre el gran tema rousseauiano –que es en alguna medida el lirismo de la Revolución– se articula la idea técnica del ejercicio de un poder “omnicontemplativo” que es la obsesión de Bentham. Los dos se unen y el todo funciona: el lirismo de Rousseau y la obsesión de Bentham.¹²

Por un lado se intenta visibilizar todo para romper con esos restos oscuros de las cavernas donde se ocultan las subjetividades, pero también se hace norma y como toda norma es restrictiva, se visibiliza para prohibir, para desplazar las malas conductas del cuerpo social. Se puede objetar y señalar que esta violencia es virtual, que corre como un escenario en donde se llevan a cabo hechos que siempre se han dado y que lo que faltaba era sólo verlos. No lo creo, pienso más bien que el problema es su ubicuidad y sobre todo los efectos que tiene en ser vista, multiplicada infinitamente.

Porque la pregunta que se puede hacer de inmediato es ¿qué consiste la virtualidad de las redes ante el fenómeno de la violencia? No podemos escapar de ellas, están presentes y de una u otra manera nos envuelven en nuestra cotidianidad más baladí. Esta presencia pasa a ser un elemento fundamental en la labor comunicativa y de la afirmación de la violencia. El problema no es entonces que la violencia esté ahí, visibilizada, sino que ella se ha hecho parte de nuestra cotidianidad de tal manera que ha atravesado el ámbito de lo privado. Estamos ante la violencia convertida en espectáculo. Quizá por ello la visibilización de la violencia, porque con su presentación desnuda lo que se va obturando es nuestra capacidad de asombro, de distinción, de valoración, no nos permite advertir su banalización. Nos igualamos todos en los actos violentos, nos hacemos uno en el conjunto de violencias, la profanamos, la hacemos banal, frívola, porque en el fondo estamos trivializados

nosotros mismos. Podemos advertir que esta banalización es uno de los lados oscuros de las redes, y que su amplitud y globalización es lo que impone. Lo que han hecho las redes es multiplicar exponencialmente la violencia, difundirla, y, al mismo tiempo, rebajarla, hacerla insubstancial. Estamos ante la violencia banal porque no crea nada, sólo es un “entretenimiento”. Quizá no es que las redes sociales sean sólo el receptáculo donde se vierten palabras y videos violentos, sino que las mismas redes son violentas, internet es violenta.

Lo más difícil de conceptualizar es que la violencia, al convertirse en espectáculo, adormece nuestros sentidos para el ojo moral. Es aquí donde tendríamos que volver a afirmar que “no todo vale por igual”, que nuestra eticidad o capacidad constitutiva de preferir y elegir no quede atrofiada por la omnipresencia, y por ello banalización, de la violencia. En las redes sociales este fenómeno parece ser el que mayor privilegio posee pues se presenta y representa en todas las formas en las que encuentra refugio y se adapta a la red en la que cohabita. Hay una tonificación de los estímulos a los que podemos estar sometidos en las redes, de tal manera que la violencia convertida en entretenimiento se ha aceptado como una de las formas de relación habitual entre los seres humanos.

No hace mucho pudimos ver por Facebook una foto de un sujeto que mostraba a un perro crucificado. Anteriormente habíamos visto a otro con varios gatos desollados por su mano, hace poco, en Kenia, una masacre en el mismo momento en el que se estaba cometiendo. Todas las fotografías y videos se hicieron virales, se comunicaron a través de todas las redes sociales, en segundos. ¿Hasta dónde llegar? ¿Qué tenemos derecho a hacer o no? ¿Qué podemos ver o no? Vivimos una crisis de orden político y económico, pero lo más grave es que vivimos una “crisis del vínculo social”.

12. “El ojo del poder. Entrevista con Michel Foucault”, en Jeremías Bentham, *El panóptico*. Trad. de Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría. Barcelona, La Piqueta, 1980, p. 6.

Las redes sociales han modificado nuestra subjetividad. La subjetividad es justo todo aquello que nos hace ser lo que somos, es el núcleo de nuestras decisiones, de nuestros deseos, de nuestras concepciones del mundo y de la vida. Ellas nos indican algo que está a la vista: que los intereses cotidianos se nuclearizan, y cada vez se hacen más específicas, circulan, rodean, reordenan, establecen jerarquías, definen valores, formas de percibir la realidad circundante y, quizá, lo más grave, determinan nuestra subjetividad, nuestra pertenencia, nuestros gustos, lo más íntimo de nosotros, las redes sociales secuestran, seducen, simulan y, literalmente “hacen desaparecer la realidad”, “asesinan la realidad”, y la violencia se hace indómita pero, al mismo tiempo, banal.

Paul Virilio nos ha dicho:

Sin necesidad de esperar la bomba demográfica, con la velocidad de la información y de los transportes, existe el sentimiento de que estamos en un planeta muy pequeño, como el del *Pequeño Principito*. Esto creará eso que Michel Foucault bautizó como “el gran encierro”, será terrible sentirnos encerrados en la tierra.

Una pesadilla. Cada uno de nosotros tiene un mapa del mundo y es evidente que este mapa depende de las posibilidades de circulación. Cuando atravesamos el mundo de una punta hasta la otra en pocas horas, o podemos unir las antípodas instantáneamente, comunicarnos mediante internet o teleconferencia, o sea, cuando podemos estar siempre los unos sobre los otros... El mapa mental se reduce.¹³

Si las redes sociales conforman la gestión de la Red de lo humano en su dimensión individual y social, la aceleración tecnoló-

gica se convierten en poder y la velocidad en el llamado “tiempo real” se transforma en un poder absoluto. Creo que no hay más violencia que ésta. La globalización –la “mundialización del tiempo y la velocidad”¹⁴ es, por consiguiente, el acotamiento espacial del control a través del dominio tecnológico. Para Virilio, esa velocidad se desprende de los referentes históricos, los aleja y oculta, por lo que la historia se transforma en mera estadística y espectáculo. Virilio nos ha dicho que inventar algo es inventar un accidente. Inventar el barco es crear el hundimiento; el transbordador espacial, la explosión. Al inventar las redes sociales lo que se inventó fue el “entretenimiento” o la saturación de los sentidos, en todo momento, un mayor riesgo que no se señala fácilmente porque no produce mortalidad como el hundimiento de un barco o una explosión en el cielo. El accidente de la información es, tristemente, no muy visible. Es inmaterial como las ondas que llevan la información. Pero con el “entretenimiento” las redes sociales restringen y degradan una de las libertades básicas del hombre, la libertad de movimiento. Cuando el desplazamiento no es necesario, el desarrollo de la inercia es temible. Hay una amenaza de parálisis e inestabilidad. Pero también hay una amenaza psicológica para las futuras generaciones de interactividad instrumentada que pueden ver el mundo reducido a nada. “Hoy todo es televigilancia, video escándalos que se transmiten en tiempo real, no sólo la de las ciudades, sino la del campo de batalla, desde ahora el ojo de dios está por doquier...”¹⁵

Finalmente, cuando se inventaron las redes sociales en internet lo que se creó fue la indiferencia ante la violencia o su banalización. No es propiamente aquí la violencia que se muestra en las redes sociales y que se transforma en espectáculo, sino que la invención de las redes tecnológicas, parodiando a las mismas redes sociales, se estructuraron por una violencia básica pues se han convertido en

13. Paul Virilio, *Estética de la desaparición*. Barcelona, Anagrama, 1998, p. 72.

14. P. Virilio, *El ciber mundo, la política de lo peor. Entrevista con Philippe Petit*. Madrid, Cátedra, 1997.

15. Selección de textos sobre las nuevas tecnologías. <www.falacia.es/pagina_nueva_10.htm>. [Consulta: 27 de agosto de 2013].

los dispositivos más eficientes de intervenir en la subjetividad humana de manera inopinada, ellas están cambiando las subjetividades, sobre todo en los llamados “nativos digitales”, al tiempo que obligan a los que no lo son a atenerse a esa realidad virtual para comprender un ámbito que no era el de ellos. Hay pues una violencia fundamental que nombra a todos, pues nos forma a todos.